

CON LOS MUERTOS.

Mi corazón es un feudal castillo
Que habitan los fantasmas: está solo
Y esquivan con iguales pareceres
Descansar en sus lóbregas ruinas,
Por miedo á los fantasmas, las mujeres;
Por miedo al gavilán, las golondrinas.

Sus torcidos y estrechos pasadizos
Sólo el viento quejándose recorre;
Miedo del hombre, espanto de las aves,
Cornejas tristes y lechuzas graves
Habitan silenciosas en la torre.

Cuando al hundirse el sol en el Ocaso
Alguno cruza por la senda antigua,
Si es joven ó rapaz, aprieta el paso,
Si es vieja ó sacerdote, se santigua.

En otro tiempo más dichoso, ¡cuántas
Zambros, justas y alegres cacerías,
Patios, torres y campo ensordecieron!
¡Cerradas están ya las celosías!
¡Los sonos de la trompa se perdieron!
De esa ventana gótica en la reja
Asomaba una dama.... ¡oid el viento
Qué triste en las almenas que se queja!
En aquel árbol su coreel ataba
El noble trovador.... ¡ya nunca viene!
Era blanco el bridón, roja la capa
Del esbelto ginete, en la espesura
Hincando el acicate entró resuelto;
¡Como estaba la noche tan oscura
Tal vez el pobre pereció: no ha vuelto!

* * *

Está solo el castillo, pero á veces,
Cuando mi alma se inclina á la locura,
Como árbol viejo que su tronco enarca
A orillas de horroroso precipicio,
El puente paso, la poterna cruzo,

Atravieso las negras galerías,
Y en el salón de honor, entrando airado,
Con férrea maza el pavimento hiero,
El yerto mármol de los muros toco,
Blande mi diestra el centelleante acero
Y sombras y cadáveres convoco!

¡Surgid, oh del castillo habitantes,
Los que vagáis por sus desiertas salas,
Alzando hasta las bóvedas de piedra
Algo como rumor de enormes alas
Que al descarriado caminante arredra!
¡Surgid vosotros!

Y al fatal conjuro
Obedeciendo prontos y sumisos,
De nuevo pueblan el salón oscuro;
Callados pasan en compacta hilera
Ante mis ojos, que el terror dilata;
Sus trajes y semblantes reconozco:
Aquel, sin duda, es el felón amigo
Que burló mi lealtad; ese, el villano
Que me robó la dicha y la ventura;
Este, el calumniador.... ¡aun en mi mano
Sangra su repugnante mordedura!

Y, con tales endriagos confundidos,
Pasan también, en rápida carrera,
Espíritus que halagan mis oídos
Con cantos de remota primavera!
Algo como repique muy lejano
De humilde campanario en día de fiesta
Llega hasta mí; cien voces adoradas
En mi memoria atónita gorjean;
¡Se humedecen de llanto mis miradas
Y hasta mis pensamientos aletean!

Hay cabecitas blondas en el aire
Y humo de incienso y órganos que tocan
En templos invisibles: ¡todo canta!
Como en el campo tras de breve lluvia
Sopla la brisa derramando aromas,
Está la espiga en el trigal más rubia,
Y en el techo más blancas las palomas!

¡Oh infancia! ¡Oh juventud! ¡Padres! ¡Hermanos!
¡Breves domingos que la misa empieza
Y en el hogar termina el viejo cuento!
¡Oh cosas blancas! ¡Canas y vestidos!
¡Torres del templo! ¡Muros de mi casa!
¡Oh dulce Ofelia que «cantando pasa»
Oyendo los murmullos de los nidos!
¡Oh cosas frescas! ¡Ondas del arroyo
A la hora del alba! ¡Noches quietas,
Sin sobresaltos ni amoroso anhelo!
¡Oh manos que bajáis á las violetas!
¡Oh pensamientos que subís al cielo!
¡Primera comunión! ¡Primera novia!
¡Cirio que entre mis manos chispeaba!
¡Crepúsculo feliz de la pureza!
¡Amor que no se sabe cómo empieza,
Ni se sabe tampoco por qué acaba!

¡Llevadme con vosotros, santos días,
Dulces creencias, inocentes cosas,
Aras que para mí no estabais frias,
Boquitas diminutas que erais rosas!
¡Llevadme á ese rincón donde se olvida;
Estoy enfermo, solitario y triste,
Devolvedme el lugar donde se existe
Con la santa ignorancia de la vida!
Hacedme muy pequeño, tan pequeño,
Que el cuerpo quepa en la caliente cuna,
Y pueda un rayo de la casta luna
O un ala de ángel cobijar mi sueño.

* * *

Pero ¡ay! como el repique de la esquila,
Como luz de luciérnagas errantes,
Como risas de niño, pasáis breves!
¿Por qué vive la flor pocos instantes
Y son eternas del volcán las nieves?
Pasasteis, y en las tétricas horneras,
En los truncados, negros pedestales,
Murciélagos pegados á los muros
O inmóviles estatuas, todavía
Los otros quedan, ¡ya risueño asoma
Por las ojivas góticas el día!
¡Huid, recuerdos de vergüenza ó duelo!
Si en venir fuisteis ágiles y prontos,
¿Por qué de mármol sois para quedaros?
¡Volved, por fin, yacentes esculturas,
En el negro sepulcro á recostaros!
No quiero ni preboste ni testigo
De mi dolor inmenso: ¡yo no os llamo!
Sólo tú, la mujer que ya no amo
Y que tanto adoré, queda conmigo.

México, 1886.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

NOTAS ESTÉTICAS.

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO DE VIAJE EN ITALIA)

POR

GUSTAVO A. BAZ.

(Continuación.)

EL PAISAJE TOSCANO.—SAN MINIATO.

LA CARTUJA DE EMA.—EL CAMPANILE.

Una vez visto el paisaje toscano, no se le puede olvidar jamás. La naturaleza sonriente y cultivada ostenta un lujo inusitado de colores, de verdura, de armonía, que influye desde el primer momento sobre el espíritu y lo alegra y lo rejuvenece; á su vista, no se siente ni el asombro ni la admiración, sino la eterna sonrisa de una primavera sin fin, se saborean aquellas vistas como una lectura de Decamerón.

Boccaccio es el que mejor ha sentido el perfume ideal que se desprende de aquellas colinas salpicadas de olmos y de cipreses, de aquellas vertientes de un verde brillante y sobre las cuales se descubren los caceríos en albos grupos, como bandadas de palomas que reposan su vuelo un instante; y el que quisiera